

Sendas de Babel

Blas Matamoro

El más remoto recuerdo de Elías Canetti en sus memorias (*Die gerettete Zunge. Geschichte einer Jugend: La lengua salvada. Historia de una juventud*) es la escena en la que un hombre le ordena sacar la lengua y le dice que se la cortará con un cuchillo al día siguiente. Es obvio que el castigo se posterga. La escritura es la prueba de tal aplazamiento. Una amenaza de mutilación inaugura la historia del escritor. Cortar la lengua equivale a dejarlo sin palabra. La escritura es la respuesta a tan mortífero desafío. El escritor conservará su lengua, no sólo en el sentido físico del vocablo, sino también en el lingüístico y el literario. Pero ¿cuál es la lengua salvada?

Canetti se crio en Rustchuk, en la actual Bulgaria, un lugar donde se hablaban entonces, en el Imperio Austrohúngaro, siete u ocho lenguas. Es un puerto sobre el río Danubio, que comunica con Europa, la tierra donde acaba el Imperio Turco. Como casi todos los *spanioles*, es decir los judíos sefardíes, los Canetti se consideraban súbditos de Turquía. Eran de religión hebrea, hablaban ladino con alguna que otra palabra turquesca, los demás los veían como turcos y ellos llamaban *todescos* a los judíos asquenacis, con quienes les estaba prohibido casarse. Por esa época, a principios del siglo XX, por ejemplo en Buenos Aires, la distinción seguía en pie: los asquenacis eran llamados *rusos* y los sefardíes, *turcos*.

Los padres de Elías hablaban entre ellos en alemán, lengua que los hijos no entendían. Con éstos se comunicaban en lo que el escritor denomina *español*, es decir, más o menos, el castellano del siglo XV, tiempo de los Reyes Católicos, la expulsión de los judíos de España y el descubrimiento de América por el tal vez judío Cristóbal Colón. Una lengua convertida en isla idiomática y que evoca traslados, destierros, desplazamientos triunfales o dolorosos. Fuera de la ciudad, los campesinos hablaban en búlgaro. Años más tarde, el escritor Canetti habrá de traducir al alemán, su lengua literaria (¿la lengua salvada?) estas escenas infantiles.

En su memoria, los abuelos paternos, los Canetti (en italiano: *perritos*) tenían más pinta de turcos que los abuelos maternos, los Arditti (en italiano: *valientes*). Mientras tanto, sus padres dialogaban en el indescifrable

alemán, con tono dichoso. Rememoraban sus años felices y juveniles pasados en Viena. Escribir, para él, será dominar ese código de la felicidad que no comprendió en su niñez. Con todo, esa felicidad encerraba algo que los chicos no debían saber, una suerte de tabú similar al sexual. O, mejor dicho: un decreto: cuando llegues a mayor, sabrás hablarla, escribirla y tendrás la capacidad de ser tan feliz como nosotros en Viena. Pero, entonces, Viena será la capital imaginaria de un imperio desaparecido, el que Canetti denominará «el imperio en el aire».

Los Canetti se marchan a Manchester, donde muere el padre. Elías tiene entonces siete años. Una maestra le enseña inglés en casa. La lengua inglesa es la que aprende en la orfandad. Al fin, es decir cuando el padre está ausente para siempre, aprende el alemán y puede hablarlo con la madre. Esta alternancia de lenguas tiene que ver con la muerte del padre: un día antes de morir, éste dejó de hablar a la madre, desapareció en un silencio verbal y anunció el síncope definitivo. A partir de este silencio y del aprendizaje inmediatamente posterior, Canetti escoge el alemán como su lengua de escritura. Pero hay algo más: las vocaciones que se le ofrecen son las de comerciante (lo que el padre fue), escritor (lo que el padre quiso ser y no pudo) y médico (lo que la madre le sugiere que sea, quizás en términos de conveniencia social).

Para babelizar todavía más la historia, el niño es educado en Lausanne, ciudad políglota en la que no entiende el francés. Luego, en la misma línea, pasa a Zurich, donde la madre vigila su corrección lingüística. No hablar el dialecto suizo, sino un correcto alemán, o sea el que utilizaban los actores vieneses de su juventud.

Podemos fijar la escena final de esta prehistoria literaria de Canetti: la madre toca el piano, habla en alemán con el padre muerto y enloquece. Elías decide escribir en alemán, la lengua franca del imperio en el aire, pero su lengua materna, sofocada, será el castellano, que vuelve a su memoria cada vez que lee en una guía de turismo o en un mapa, un nombre geográfico español. Entonces: la escritura salva una lengua, al precio de acallar otras: el ladino extraviado en una ciudad de Bulgaria, el francés de Lausanne y el inglés de Manchester. La lengua salvada es, por su parte, un certificado literario que lo incluye en la gran familia de las literaturas germánicas. El matiz consiste en que se trata de la lengua franca de un imperio extinguido donde no había lenguas maternas, sino una Babel de trece provincias, donde todo el mundo debía distinguirse y entenderse con gente bárbara, es decir con gente de otra lengua.

El caso se repite en otros escritores criados por los mismos años finales del Imperio Habsbúrgico. Joseph Roth, judío y nativo de Brody, vivió

asimismo una niñez políglota: polaco, *yiddisch*, ucraniano y alemán. Su educación escolar fue bilingüe: alemán y polaco. Su lengua literaria es la alemana, pero con el matiz de creer que sólo quien conoce el *yiddisch* (suerte de alemán arcaico de las orillas del Rin) puede escribir bien el alemán, cosa de judíos, lengua supranacional, en cualquier caso no nacional. Roth se convirtió en un escritor apátrida que se decía vienés aunque no lo era y exhibía siempre las caducas jerarquías del ejército imperial que había ostentado en la guerra de 1914.

En otro grado de la escala social, el de la rica burguesía empresaria, Heimito von Doderer, criado en francés y en alemán en la Viena imperial, siguió siendo siempre el fingido noble que escribía en la lengua de la monarquía bicéfala, con el añadido de que su nombre era un diminutivo español de Jaime, por la parte que a los Habsburgo tocaba de la corona española.

Gregor von Rezzori nació en la Bucovina y pasó su infancia en Trieste, extremo meridional y mediterráneo del Imperio, durante la primera guerra mundial, a cuyo término la ciudad pasó a ser italiana. Su padre, como tantos, siguió siendo un súbdito imaginario de la corte vienesa. De niño, Rezzori se impregnó de poliglosía. La criada Casandra (vaya nombre de profetisa que anuncia el fin del imperio y a la que nadie atiende) era analfabeta y hablaba una mezcla de lenguas, un cocoliche. Gregor aprende rumano, ruteno y alemán (la lengua de los señores y, en general, de la gente culta), que mixtura con vocablos rusos, turcos y *yiddisch*. Apátridas en sentido estricto, los Rezzori se creen occidentales pero en Occidente los ven como orientales. El padre seguirá considerándose germánico pero el hijo se creará mestizo, ya que su remoto origen es italiano. Será siempre un extranjero, habitante de Italia y escritor en alemán.

Otro súbdito del imperio, el judío bohemio Sigmund Freud, también se criará políglota. Su lengua de cultura es el alemán, sus padres hablan el *yiddisch* y su aya es checa y católica. Desde luego, a su obra le sirve de vehículo la primera de las tres lenguas, pero lo importante es que buena parte de sus investigaciones son de carácter filológico, una rebusca en la historia de ciertas palabras (tabú, siniestro, histeria) que deriva entre varias lenguas, como si Babel fuera el trasfondo de ese personaje llamado inconsciente, que aparece en el lenguaje verbal como si fuera otro lenguaje, la lengua del Otro, aunque quizá se trate de algo preverbal como la música, en cuyo caso Babel sería una arruinada, inconclusa y vivaz sala de conciertos, donde el deseo intenta concertar signos que aparecen y desaparecen en el habla del sujeto y en la escritura de algunos sujetos muy especiales, los escritores de la biblioteca freudiana. Culminará con la historia de Moisés, el legislador